

Jenofonte, el Epígono de Tucídides

JIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Juan

La narración interrumpida de la Guerra del Peloponeso en la obra de Tucídides debió de representar una incitación irresistible para los historiadores siguientes, en la comprensión de que tal convulsión bélica adquiriría una significación sin precedentes para la historia política de Grecia. Primero Jenofonte y, más adelante, Teopompo y el anónimo autor de las HELENICAS DE OXIRRINCO parecen demostrarlo. Sin embargo, fue Jenofonte el que, en pleno ecuador de la contienda, percibió mejor que nadie la trascendencia de este ciclo histórico. Es probable que su decisión de relevar a Tucídides se viera favorecida por el afortunado rescate del manuscrito de éste; eso es, al menos, lo que parece desprenderse del dato que nos viene de Diógenes Laercio.¹ Lo cierto es que, en las HELENICAS o HISTORIA GRIEGA, el relato comienza el año 411 a.C., en que acaba la obra de Tucídides, y termina el 362, fecha de la batalla de Mantinea, que pone fin a la Guerra.

En su estado actual, esta historia forma un relato continuo que los editores alejandrinos distribuyeron en siete libros, por lo que no es probable "a priori" que Jenofonte lo compusiera y publicara de una vez. Así, en el libro VI se alude a acontecimientos del año 358,² descritos por el autor poco antes de su muerte, mientras que el II ofrece una frase³ referente a la amnistía del 401, año en el que la mayoría de los actores de esta época no podían existir ya en el 358. Tales comentarios del autor han originado las más variadas conjeturas acerca de la composición de la historia jenofonte.

Breitenbach, por ejemplo,⁴ supone que los dos primeros libros, destinados a completar la historia de Tucídides, y quizá compuestos sobre sus notas, fueron publicados hacia el 390, poco después de la obra de que son continuación, y que los cinco restantes aparecieron después compendiados mucho más tarde. Según esta hipótesis, Jenofonte habría podido unir su segunda parte a la primera o bien los editores posteriores habrían operado el empalme. Lo que sí es un hecho es que en el período alejandrino fueron introducidas ciertas adiciones en la obra primitiva, como, por ejemplo, la indicación de las Olimpiadas. Por otro lado, si se consideran las HELENICAS desde un punto de vista literario, se puede advertir claramente dos partes: la primera, que comprende los libros I y II, es simple y elegante, en tanto que la segunda resulta más fluctuante, de inspiración más personal y más retórica. Argumentalmente,

1. Long, H.S. *Vitae philosophorum*, Oxford (OCT), II, 57: λέgetai d'hoti kaf tà Thoukidídou biblia lanthánonta hyphelésthai dynámenos autòs eis dóxan ēgagen.
2. Marchant, E.C., Oxford (OCT), VI, 4, 37: τὸν δὲ ταῦτα πρᾶσαντὸν ἀχρὶ τοῦ ἡδὲ τοῦ λόγου εὐγράφητο Τισίφονος πρεσβύτατος ὄν τὸν ἀδελφῶν τῆν ἀρχῆν εἶχε.
3. Ibid. II, 4, 43: ἐτί καὶ νῦν ἡμοῦ τε πολίτευονταὶ καὶ τοῖς ἡρόκοις ἐμμένει ἡ δῆμος.
4. *Historiographische Anschauungsformen Xenophontis*. Basilea, (1950).

también coincide esta distinción entre el principio y el resto de la obra: la primera de estas subdivisiones (que va del 403 al 387, y que comprende el largo episodio de las campañas de Agesilao, exceptuando los dos primeros libros) tiene con frecuencia el carácter de una charla en la que los recuerdos personales y, sobre todo, los militares ocupan el primer plano; en la segunda, predomina la moral política, que tanto preocupa al autor.

Ya en la antigüedad el principio de las HELENICAS era considerado como una especie de suplemento compuesto por Jenofonte para añadirlo a la obra inacabada de Tucídides; de aquí el subtítulo bastante singular que se añadía en ciertos manuscritos: *Xenophōntos Thoukidídou paraleipόμενα hellēnikēs historías*.

G. Colin ofrece versión:⁵ Tucídides muere aproximadamente hacia el 399; Jenofonte regresa entonces de la Expedición de los Diez Mil, a sus manos llega el manuscrito y se convierte en su editor. Satisfecho de este primer trabajo y, acaso, utilizando notas más o menos completas ya reunidas por su predecesor, se anima a proseguir su relato hasta el término fijado por aquél, es decir, hasta la capitulación de Atenas. Al llegar a este punto, estima que las luchas intestinas desencadenadas por el advenimiento de los Treinta forman como un epílogo a la guerra del Peloponeso; de aquí que se precise una especie de apéndice que vaya hasta el arcontado de Euclides y, aun, bajo la forma de un breve sumario, hasta el establecimiento completo de la paz en Atenas y la reconciliación final con los huidos a Eleusis. Todo estaría terminado para el 396.

Si esta combinación es exacta, explicaría la existencia de dos frases en el libro II, una alusiva al final de lo que debía de ser la historia de Tucídides,⁶ y la segunda, al final del suplemento dedicado a la tentativa de la restauración oligárquica.⁷ Esta última parte enlazaría más bien con la que le precede, y no con la que sigue. Luego, Jenofonte, una vez instalado en Escilunte, redactaría allí su ANABASIS o su CIROPEDIA, y no se acordará de la historia general de Grecia hasta el 380 ..., con lo cual no la escribiría de una sola tirada.

Hasta aquí lo expuesto por Colin. De Sanctis formula otra tesis parecida:⁸ considera las HELENICAS formadas por la reunión de tres partes independientes en su origen. La primera comprendería los libros I y II, tal como los encontramos en las ediciones actuales; la segunda, los libros III y IV más el nº 1 del V; la tercera, el resto de la obra. De las tres partes, Jenofonte se puso a escribir lo que nosotros llamamos la segunda poco después de la Paz de Antálcidas: cuando ya la tenía muy avanzada, pero aún no publicada, quiere editar sin demora, a modo de oración fíebre, su elogio

5. *Xenophons historiens d'après le livre II des Helleniques (hiver 406-5 a 401-400)*. París (B), (1933), p. 105 ss.

6. 2, 24: Καὶ ἡ ἐνιαυτὸς ἐλέγεν, ἐν ἡοὶ Διονύσιος ἡο Ἑρμοκράτους Συρακόσιος ἐτυράννεσε, μάχῃ μὲν πρότερον ἡττηθέντων ὑπὸ Συρακυσίων Καρχηδονίων.

7. Vid. la cita en nota 13.

8. G. e Sanctis. *La genesi delle Elleniche di Xenophonte*. (En *Studi di Storia della Storiografia greca*). Firenze (1951), p. 144 ss.

a Agresilao hacia el 360, para el que toma numerosos datos de las HELENICAS. La última parte debió de redactarla entre el 358 y el 355. De Sanctis insiste más sobre la primera parte. Para él, Jenofonte, después de haber dado a conocer en la ANABASIS sus memorias personales, se impone la tarea de contarnos de una manera objetiva la historia de su tiempo, desde los preparativos de Ciro hasta la Paz de Antálcidas (402-387). En medio de esta labor, la historia de Tucídides llega a sus manos; entonces concibe el proyecto de enlazar su propia obra a la de su antecesor. Es lo que formaría hoy la primera parte, que no es escrita a continuación de la segunda.

Hatzfeld rechaza la tesis de De Sanctis⁹ porque cree que Jenofonte trató de acercarse en los dos primeros libros al estilo y plan de Tucídides, esto es, hasta donde éste quiso finalizar su obra —probablemente, hasta la toma de Samos— y que, luego, inconscientemente, se abandonó a su propio estilo. O bien, sostiene en otro lugar,¹⁰ para los críticos antiguos y para nosotros, las HELENICAS constituían una obra única que completaba la de Tucídides; sin embargo, han podido existir, en un momento determinado, ediciones separadas del principio de la obra, consideradas todas como tales complementos, puesto que la división de los libros no es la misma en todas las ediciones.

En otro estudio,¹¹ M. Sordi, luego de revisar y criticar todas las opiniones anteriores, emite una teoría un tanto singular, rehabilitando, sólo en parte, la de Breitenbach: Jenofonte ha querido continuar en Escilunto, al estilo de la ANABASIS, sus propias memorias personales, narrando las peripecias de las empresas asiáticas de Tibrón, Dercílidas y Agesilao, así como la Guerra de Corinto, en la que había participado. La historia de todo esto, que comprende los libros III y IV (hasta el cap. 8), se diferencia de la línea general de la HELENICAS, porque la descripción de los sucesos revelan el testimonio ocular del autor, constituyendo, pues, un paréntesis. Después del 369 llega a Atenas y conoce la obra de Tucídides; decide entonces publicar una historia de Grecia: para los dos primeros libros, utilizaría los apuntes dejados por Tucídides; el tercero y el cuarto los tendría ya escritos y los tres últimos le serían fáciles de elaborar sobre acontecimientos coetáneos. Por tanto, la posibilidad de una unidad de composición de las HELENICAS, aunque sólo sea intencional, queda implícitamente negada.¹²

Como su modelo, cuenta por estaciones y por años, pone discursos en boca de sus personajes, simplifica la complejidad de las cosas y se esfuerza también por ser imparcial e impersonal. Ambos pertenecen a esa segunda línea que Adrados señala en la historiografía antigua “*de militares y políticos que escriben memorias sobre hechos*

9. *Les Helleniques*. Edit. y trad., París (B). (1939), p. 8.

10. *Notes sur la chronologie des Helleniques*. REA, XXXV (1933), pp. 387 ss.

11. *I caratteri dell'opera storiografica di Xenophonte nelle Elleniche*. (En *Studi periodici di Letteratura e Storia dell'Antichità*), Atheneum, Pavia (1950), XXVIII, pp. 1-53.

12. *Ibid.* XXIX, pp. 273-348.

en que han intervenido o de los cuales han vivido cerca”,¹³ de modo que es posible incluso apreciar puntos concretos del influjo del uno en el otro; por ejemplo, la tesis de Pericles sobre la importancia estratégica de Atenas como ciudad marítima, enunciada por Tucídides (II, 62), la recoge Jenofonte en VII, 1, 6, en el discurso de Procles; lo mismo que la de Corcira en la ruta de Sicilia (Tuc. I, 36, y Jenof. VI, 2, 9); y, con respecto al exilio de Alcibíades, Tucídides dice en VI, 28: “*Les prestaron oído los que más odiaban a Alcibíades por serles obstáculo para acaudillar sin temores al pueblo; y creyendo que si lograban desterrarlo serían los más influyentes de la ciudad, las exageraron*”.¹⁴ Jenofonte, a pesar de que las circunstancias son distintas, expone un juicio parecido en I, IV, 13: “*y que alegó únicamente en su defensa que no fue desterrado con justicia, sino por las intrigas de quienes tenían menor poder que él, decían más necedades y gobernaban en propio beneficio personal*”.¹⁵

Sin embargo, mientras que Tucídides dedicó un libro entero, el primero, a la exposición de sus ideas sobre historia política, Jenofonte, llevado sin duda por el deseo de entroncar con la narración interrumpida de su antecesor, sacrificó una introducción por la cual hubiéramos conocido su criterio histórico más sistematizado y menos diluido de lo que aparece en las HELENICAS, conformándose tan sólo con proseguir el relato de Tucídides con un “*metā dē taūta*”. O bien le bastó con asumir lo ya expuesto por éste como análisis previo de la etiología del conflicto. Con todo, su obra fue concebida unitariamente bajo el influjo del método y del pensamiento tucidídeos y con pretensiones de verdadero historiador, pero falló en su sincero intento porque le faltó una visión perspicaz de la realidad histórica, pese a que, como soldado y como filósofo, pudo penetrar mejor que nadie en el sentido de la historia de su tiempo. Incluso Bruns opina¹⁶ que Tucídides, inventor del “método objetivo”, le transmitió “leyes fijas”.

Se atribuye, como se ha dicho, a los alejandrinos las indicaciones cronológicas al comienzo de cada capítulo, que, por lo general, corresponde a un año. Es norma también, aunque sólo en los dos primeros libros, la indicación de los ganadores de las Olimpiadas o la remisión a la última, así como la consignación del éforo y arconte gobernantes en Esparta y Atenas, respectivamente. La geografía es observada con tanta aproximación como en Tucídides, lo mismo que el tiempo empleado por las expediciones navales y terrestres en sus desplazamientos. En cambio, sigue el vago procedimiento de situar acontecimientos relacionándolos con otros por medio de expresiones imprecisas, como “*ek toutou*” en II, 4, 2: “*a continuación*” —de los abusos de los Treinta, se debe entender— “*Trasibulo ocupa File*”; o en II, 4, 8: “*después de esto*” —de su derrota en Acarnas— “*los Treinta preparan su refugio en Eleusis*”; en II, 4, 43, la expresión “*hýsteroi chrónoi*” equivale nada menos que a dos

13. Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Intr., trad. y notas por F.R. Adrados. Madrid, Hernando, (1952), p. 34.

14. *Ibid.*, p. 36.

15. Madrid (CH), (1977), p. 43.

16. En M. Sordí, o.c., XXVIII, p. 20.

años. Se trata, pues, de intervalos de tiempo bastante desiguales. En cambio, hay pasajes en el Libro II en que se ciñe fielmente a una rigurosa cronología: sabemos que la batalla de Muniqia (4,13) es a los cinco días de la de Acarnas, que la caída de los Treinta (4, 23) sucede al día siguiente de la de Muniqia y que la tiranía de Cleócrito tuvo una duración de ocho meses. La cronología de las HELENICAS resulta, pues, incompleta. Ahora bien, si los hechos se relacionan con Esparta, fuerza es aceptar en lo preciso los datos que nos proporciona. Cada vez que una ciudad, excepto Atenas, Esparta y Tebas, ejes de la guerra, adquiere un cierto papel preponderante, Jenofonte se remonta a sus orígenes, dibujando en pocas pinceladas su emplazamiento, el carácter de sus habitantes, etc. Aunque el asunto de la obra es la guerra del Peloponeso, no descuida los sucesos simultáneos acaecidos en otros países, siempre que estén relacionados con la marcha de la contienda; conocemos por ejemplo, lo que ocurre en Siracusa (I, 1, 37) o las intrigas de la corte persa (2, 19).

En IV, 8, 1, tenemos una declaración metodológica del autor: "... *escribiré los hechos dignos de mención y omitiré los que no merecen que se relaten*". Pero, al contrario que Tucídides, no ahonda en las concausas de la guerra, sino que repara más en los epifenómenos. Para el encadenamiento general de los hechos, le ha faltado método y, en ocasiones, los somete a la actuación divina. Su moral parece derivar de su sentimiento religioso que informa su concepción de la historia: cree en una divinidad remuneradora, que es el principio motor de la Historia, pero no al modo de Heródoto, que anula por completo la libertad humana frente a la "anánke". La acción divina y la humana se encuentran misteriosamente sin anularse recíprocamente: el hombre es plenamente responsable de sus acciones, a cuyo cumplimiento conducen los dioses. Le ha faltado, en suma, conciliar expresamente este dualismo y plantearse seriamente dónde acaba la acción humana y dónde comienza la intervención divina.

Ahora bien, el fin de las HELENICAS no parece casual; Jenofonte ha percibido que su misión de historiador ha terminado. Ha concluido asimismo un ciclo ideal iniciado por Tucídides: la Guerra del Peloponeso y la incierta jornada de Mantinea son los términos extremos de una lucha por la hegemonía que ha quebrantado durante casi un siglo a la Hélade. Y cabe presumir su pensamiento histórico al comenzar dicha batalla, en VII, 5, 26: "*Concluida esta batalla, ocurrió al contrario de lo que todos los hombres creían que iba a ocurrir. Pues, cuando estaba concentrada y enfrentada casi toda la Hélade, no había nadie que no creyera, si se combatía, que dominando unos mandarían y que dominados otros serían súbditos*". El encuentro en sí debía decidir la hegemonía: Esparta estaba arruinada; Tebas, vencedora, pero privada del genio militar de Epaminondas, y Atenas, que conservaba vivo aún el sueño de la hegemonía, quedaba exhausta: "*en consecuencia, en la Hélade hubo aún mayor indecisión y confusión después de la batalla que antes*".

Termina, en fin las HELENICAS demostrando tener plena conciencia de historiador e incitando a la continuación de su obra, como él había realizado con la de Tucídides: "*Por mi parte, debo limitarme a lo escrito hasta aquí; quizás otro se interesará por los acontecimientos posteriores*". ¿Pretendería Jenofonte una historia continuada de Grecia a cargo de sucesivos autores? La respuesta parece evidente.